

VI

Entre los muchos volúmenes que hemos dado al público y que éste ha recibido con tan extremada benevolencia, hemos diseñado varias clases y tipos de madres; tales son, la madre tierna, y previsora; la madre que hace preferencias entre sus hijos y que adora á los unos y maltrata á los otros; la madre indolente, la madre severa, y la madre débil; empero, la madre que hace á sus hijos una guerra sorda; que se empeña en avasallar hasta su pensamiento; que busca, para herirles, las palabras más duras; que les veja, les mortifica y les contradice de todas las maneras imaginables, aunque la conocíamos, no nos habíamos atrevido á copiarla del original, temiendo que se calificase de inverosímil nuestra pintura.

No obstante, al pensar el presente libro, esta madre es la primera figura que se apareció á nuestros ojos; y nos hemos dicho que,

puesto que existe, es locura no dar á conocer el tipo en toda su rara monstruosidad.

Doña Bibiana empezó por no amamantar á sus hijos, diciendo que no queria destruirse por ellos.

Cuando fueron á su lado, los recibió como á enemigos de su reposo y comodidad, á cuyas cosas era en extremo aficionada, y los entregó á sus criados, con los que dormian, paseaban y comian.

Aurora, así que su edad lo permitió, fué puesta en un convento: su madre iba á verla raras veces, y cuando lo hacia, era de mala gana, para estar poco rato y para regañarla sin cesar.

La niña, que, como ya se ha dicho, estaba dotada de talento y de instintos delicados, comparaba la figura grotesca y el carácter duro de su madre, con la figura y el carácter de las madres de sus compañeras, y hallaba que la suya no se parecia á ninguna, y que, en la diferencia, toda la desventaja estaba de parte de Doña Bibiana, que tenia facha y voz de tambor mayor.

Conforme iba Aurora creciendo, crecia tambien aquella especie de sorda antipatía de su

madre, quizá porque la niña era bella y prometia eclipsar las gracias toscas de Doña Bibiana, con las que ella estaba en extremo envanecida. Aurora presentaba ya un tipo, en extremo bello y delicado, y un carácter altivo é independiente: dos razones poderosas para que se conquistase la animadversion de su madre.

Con la mira de dominarla, se la llevó á su lado cuando acababa de cumplir catorce años: y la pobre Aurora empezó á cruzar una senda erizada de espinas, y á perder toda la tranquilidad y toda la dulzura de ánimo que siempre la habian distinguido.

Viéndose ofendida injustamente, se rebeló contra la injusticia: respondia insolencias, cuando le decian insolencias: desaparecieron el pudor y la dignidad de la jóven, ante los miserables ultrajes de la madre: y aquella degradacion moral y mental la llevó hasta apreciar el amor de Agustin, el hijo *del guardia*, á quien, si hubiera seguido siendo lo que era al salir de su colegio, jamás hubiera escuchado.

No podemos atrevernos á asegurar que la viuda aborreciese á sus hijos: la naturaleza se subleva contra semejante creencia y aun contra semejante pensamiento: pero su mal carác-

ter y su afán de dominio, ahogaban su amor.

Los hijos, hostigados por la madre, se hicieron fuertes; y se dijeron que, si cedían, estaban perdidos, por lo que determinaron no ceder en nada ni un ápice de su voluntad.

El ruego les hubiera desarmado.

La fuerza les hacía crueles, casi brutales.

A los gritos de su tía, Isabel fué la sola que acudió. German salía de allí, y no quiso volver. Aurora preguntó qué tenía su madre, á lo que su hermano respondió riéndose:

—Déjala: ¡grita de rabia, y es capaz de comerte!

—No entro, pues, repuso Aurora, hasta que se le pase.

Isabel había corrido hácia su tía, y su primera diligencia había sido desabrocharle el vestido y el corsé, porque parecía ahogarse.

Doña Bibiana presentaba el aspecto más horrible: sus ojos estaban inyectados: sus mejillas, su frente y hasta su cuello se vistieron de color de violeta.

Una respiración ahogada levantaba su pecho, que parecía no poder contener su furor.

Isabel, así que la hubo desahogado de su opresor corsé, la sentó en un sillón y llamó con

fuerza á la campanilla para que trajesen un vaso de agua, no atreviéndose á ir á buscarle ella misma.

Pero en vano esperó dos ó tres minutos, y luego hasta diez, creyendo que alguno acudiría: nadie llegó en su ayuda.

Doña Ursula tenía días de estar muy torpe del oído, y aquel era uno de ellos.

Joaquina se hallaba esperando la hora de ponerse en camino, en una de las salitas de la planta baja de la quinta.

Aurora y German no querían ir.

—¡Dios mío! se dijo la pobre Isabel angustiada: ¡qué terrible es la guerra doméstica!

Y colocando á su tía como mejor pudo, salió ella misma á buscar el agua.

A pesar de la dolorosa preocupación de su ánimo, no pudo ménos de indignarse del estado del comedor y de la cocina: en aquel se hallaba aún la mesa sin alzar, después de la última comida: la vagilla súa estaba extendida por el mantel: los gatos se habían subido sobre este último, habían sacado los huesos de las aves servidas en la comida, y los habían diseminado, no solo por la mesa, sino también por el pavimento: el hedor de comidas detenidas se no-

taba allí, y reinaba además el triste aspecto de la incuria y del desorden.

Isabel halló una botella de agua, pero vacía: los gatos, al pasearse sobre el mantel como en terreno propio, habían derribado las copas y vasos, y hécholos pedazos.

Isabel fué á la cocina, temblando por la larga soledad en que tenía que dejar á su tía, y allí se encontró con un desorden todavía más grande.

La vieja cocinera, al ver que nadie se cuidaba de lo que hacía, se pasaba el día en comer y dormir, ó bien en tomar polvo sentada en un cómodo sillón de baqueta, que se había hecho colocar en la cocina.

El fogón se hallaba desamparado y sin comida puesta, aunque eran ya cerca de las diez de la mañana; todo el vidriado estaba sin limpiar. Isabel tuvo que lavar un vaso de los más ordinarios y llenarlo de agua de un jarro de barro, único que encontró, y que estaba destinado á los usos más comunes.

Conseguida por fin el agua, se fué al lado de su tía, que ya se había recobrado algún tanto de su parasismo, y se hallaba incorporada en el lecho.

Isabel le presentó el agua, rogándole que la bebiese y se calmase.

La viuda la bebió, en efecto, y luego dijo, con voz que procuraba hacer reposada, pero que temblaba de cólera:

—Mira qué hora es en el reloj.

Isabel salió á la sala que precedía al gabinete de su tía: miró un magnífico reloj de sobremesa que había en una de mármol, y dijo á la viuda:

—Son las diez ménos algunos minutos, tía.

—Pues á las diez en punto te vas á marchar á Madrid.

—¡Dios mio! ¿qué dice Vd. tía? exclamó aterrada Isabel: ¡Marcharme yo á Madrid! ¡Será posible!

—No soy reloj de repetición.

—¿Pero qué es lo que yo he hecho? ¿por qué me despide Vd. así? ¿en qué la he ofendido?

—¡Nada, nada! ahorremos razones: no te quiero más en casa: quiero quedarme sola con mis hijos para hacerlos andar derechos.

—¿Pero acaso incomodo á Vd. para eso?

—Me incomodas: porque Aurora se fia en tí y no hace nada: y en fin: ya te he sufrido bastante tiempo, y voy á descargarme de cuidados

ajenos: sobrina mía no eres, que lo eres de mi marido: él ni te encargó á mí ni cosa ninguna, con que así, te buscas tu madre de Dios.

—¡Tía! exclamó Isabel sollozando: ¡eso es una crueldad! ¿á dónde voy yo sin conocer á nadie, sin un cuarto?

—¿Y á mí qué me cuentas? ¡bastantes *belenes* tengo yo en mi casa!

—¿Pero no soy yo de su casa de Vd.?

—Nada tengo que ver contigo: *el que quiera nabos, que se los cave.*

—¿Con que decididamente me arroja Vd. de su casa?

—¿Cuántas veces te lo he de decir? Estamos á principios de mes: te daré los nueve duros de tu orfandad, y te arreglas con ellos: hija, ya se acabó el hacer la señora, y el dar mal ejemplo con *tus finuras* á mi hija, y hasta á la doncella: te pones á servir, *que no te se caerá ninguna venera*: ea, anda, anda, y no me sigas gimoteando.

—Está bien, señora, dijo la pobre huérfana enjugando sus ojos: Dios no falta á nadie: Vd. me abandona: pero en él confío, y él no me desamparará.

—Anda, anda, y déjame de letanías, dijo Do-

ña Bibiana: que con los otros yo me compondré.

Isabel salió: pero á pesar de la fortaleza que habia aparentado, el llanto la ahogaba y el más hondo dolor despedazaba su corazón.

Dirigióse al humilde cuartito que ocupaba, y se puso á arreglar su equipaje, que, más que modesto, podia llamarse mísero: constaba de dos vestidos de percal de fondo blanco y de otros dos de lanilla, para el invierno, desechados ya por su prima.

Su ropa blanca no era tampoco mucho más escogida: y la pobre niña se vió acosada por esos miserables dolores de la vida, que consisten en no tener, ni el abrigo más modesto en el invierno, ni la prenda de verano más humilde pero cuya hechura sea adecuada á circunstancias dadas y especiales.

Los trajes de Isabel de verano estaban hechos para llevarlos en la casa: por tanto, no tenia ni una manteleta, ni un chal que echarse sobre los hombros para subir al carruaje que debia alejarla de aquella casa, que siempre habia mirado como suya.

No obstante el temor de aparecer ridícula ante los otros viajeros, la acosó por pocos instantes.

Todo lo que su corazón podía sentir y llorar le era poco para lamentar el abandono que la amenazaba.

Cuando ya tuvo hecho su humilde lío, entró Doña Ursula y le puso en la mano un paquetito, que, por su peso, conoció Isabel contenía los nueve duros, muestra magnífica de la generosa esplendidez de su tía.

La vieja ama de llaves le entregó también una deteriorada cartera, y le dijo con voz alterada por el llanto:

—Aquí están, señorita Isabel, la fe de defunción de su señor padre, y la fe de bautismo de usted por si le hace falta para cobrar su pensión en Madrid.

—Gracias, Doña Ursula, dijo Isabel tomando ambos objetos, que guardó en el bolsillo de su traje.

—Y ahora, señorita, prosiguió el ama de llaves, que amaba sinceramente á Isabel, permítame Vd. que añada yo algo á ese miserable donativo de la señora: aquí hay mil reales: tome Vd. este bolsillo y haga uso de él con toda franqueza.

—Gracias, Doña Ursula, repitió la joven rechazando el bolsillo: esto que Vd. llama un

donativo, no lo es: esto es mío, es decir, una mensualidad de lo que la Reina me tiene señalado por los servicios de mi pobre padre: yo agradezco la buena voluntad de Vd.; pero esto me basta: nada más necesito: sé trabajar, y Dios me abrirá camino, porque yo espero en él con toda la fe de una cristiana.

—Sin embargo, señorita: yo no me consuelo de que se vaya Vd. así... y hasta que halle en la Babel aquella trabajo ó colocación, ¿qué hará?

—¡Dios proveerá! repuso Isabel, alzando al cielo sus ojos con la sublime fe que moraba en su alma.

—Pues mientras provee, la voy á encaminar á Vd. á una casa: á casa de mi hermano: tienen tienda de comestibles en la calle de Toledo: y allí no le faltará á Vd. una cama y cubierto en su mesa, hasta que Vd. piense lo que debe hacer: aquí van dos letras mías, que le pongo, para que sepa quién es Vd.: mi hermano es un hombre muy bueno, y su mujer es mejor, si cabe, sin más defecto que el de adorar á su hijo Anastasio que ya está acabando la carrera de leyes.

—Esto sí que lo acepto, dijo Isabel tomando

la carta que le presentaba Doña Ursula: lo acepto, y con mucha gratitud, porque á la verdad, jamás he estado en Madrid: ahora, Doña Ursula, le pido á Vd. otro favor: mientras que yo me despido de mi prima, envíe Vd. á Gregorio para que me tome el billete: la diligencia va á pasar.

Diciendo ésto, sacó Isabel el envoltorio que contenia su dinero, y lo fué á presentar á Doña Ursula: pero al pensar en que no bastaba aquella suma, una palidez mortal cubrió todas sus facciones.

Sin embargo, su valor superó á su confusion: pareció tomar una resolucion definitiva, y dijo al ama de llaves:

—Que ponga Gregorio lo que falte: de aquí á Madrid ha de tomar el billete: yo le satisfaré el exceso del precio antes de marchar: encárguele Vd. que lo tome de la rotonda.

—¡Cómo! ¿De lo más malo?

—Sí, Doña Ursula: soy pobre, y como tal debo viajar.

VII

Isabel se fué al cuarto de su prima.

Era una linda sala, cuya ventana daba al campo; la puerta estaba cerrada por dentro. Isabel llamó, y no le respondió nadie.

Temblando, porque iba á pasar la diligencia, volvió á llamar y tampoco obtuvo contestacion.

Temiendo que Aurora se hubiera puesto mala, aplicó la vista al agujero de la cerradura, y vió á su prima asomada á la ventana, y muy inclinada hacia afuera.

Un instante despues, oyó su voz aunque confusamente; al parecer, hablaba con alguna persona que se hallaba en el campo.

Isabel creyó oír confusamente estas palabras.

—Está preparado; German y yo lo estamos tambien.

Isabel vió á su prima separarse de la ven-